



THE STRAWMAN

SUMARIO

PORTADA, por *A. Mas y Fondevila*.—DÍPTICO DE MARFIL existente en el Museo episcopal de Vich.—LAS APARIENCIAS, por *J. Morató*; ilustraciones de *R. Navarro*.—EL SALVADOR, por *Vicente de Foanes*.—CAMPOAMOR ÍNTIMO, por *Eusebio Blasco*; ilustraciones de *M. Pedrero*.—CATEDRAL DE BURGOS, por *O. Junyent*.—TROZO DE UNA ANTIGUA SILLERÍA DE CORO, por *José Ramón Melida*.—LA SAGRADA FAMILIA, por *Murillo*.—LOS NIBELUNGOS. Poema alemán.



DÍPTICO DE MARFIL.—MUSEO EPISCOPAL DE VICH



LAS APARIENCIAS

Don Lucas, el padre Capellán, solía asistir todas las tardes á la tertulia que armaban en el cuarto de banderas media docena de viejos oficiales á cual más avinagrado de rostro y violento de genio.

La sotana raída del sacerdote, su sombrero de teja completamente pelado de puro viejo, sus zapatos torcidos y sin lustre, su manteo remendado, y, sobre todo, la expresión de bondad que se notaba siempre en su rostro, de nariz fina y puntiaguda, de frente anchurosa y arrugada y de ojos dulzones y expresivos, contrastaban notablemente con los vistosos uniformes y el bélico accionado de aquellos sus contertulios del cuarto de banderas, ocupados por lo común en discutir los más embrollados problemas de táctica, ó en narrar hechos y episodios de su vida militar.

* * *

Precisamente aquella tarde la habían dado los tertulianos en evocar recuerdos de la guerra civil, en la que

todos habían tomado parte activa, y algunos de ellos, como el coronel, entre las huestes del pretendiente. El padre capellán oía y callaba, como de costumbre, notándose, sin embargo, en su rostro cierta expresión de contrariedad, que pasó inadvertida de todos, á excepción de su viejo amigo el coronel, que no le quitaba los ojos de encima.

Después de la narración de innumerables hazañas espezuznantes y acciones heroicas, acompañadas de amargas quejas y censuras contra la poca equidad del Gobierno en la recompensa del valor, tomó la palabra el comandante Soto, hombre sencillo y franco según sus pocos amigos, pero de muy cortos alcances en opinión de la mayoría de sus compañeros.

—¡Ea, señores! basta ya de heroicidades... Cualquiera diría que ninguno de los presentes sabe lo que es miedo.

—¡Líbreme Dios de asegurarlo!—observó el mayor de plaza con cierto retintín.

Á lo que añadió Soto, haciendo oídos de mercader:



— Por lo que á mí se refiere, puedo afirmar que lo he sentido, llegando en cierta ocasión á cometer un acto de cobardía manifiesta y hasta si se me apura vergonzosa. Si ustedes me lo permiten, voy á contarles en qué circunstancias.

Y como nadie se negase á ello, prosiguió :

— «Fué en la acción de... en fin: el nombre poco importa. Basta con que sepan ustedes que se dió la batalla á la falda de los Pirineos, en un llano cerrado por un círculo de montes... Yo era entonces sargento segundo de ese mismo regimiento, que formaba parte de la columna del general Pazo, hombre verdaderamente excepcional por su temeridad, que corría parejas con... con su ineptitud ¡retoño!: no hay para qué negarlo.

» Entramos en el llano con el propósito de plantar cara desde allí á la columna del endemoniado *Periquillo*, que nos seguía los pasos desde el día anterior. Pero no bien hubimos tomado las primeras posiciones, cuando caímos en la cuenta de que nos hallábamos en un callejón sin salida, pues no tenía otras el llano que algunos desfiladeros angostos y casi inaccesibles.

» Con decirles que al aparecer las fuerzas de *Periquillo*, más pronto de lo que esperábamos, se nos vino encima por el lado opuesto otra columna, saben ustedes bastante para suponer que la acción fué para nosotros un verdadero desastre, sobre todo teniendo en cuenta que la impericia y la temeridad del general rebasaron los límites de lo increíble...» —

Á medida que el comandante Soto avanzaba en su relato, D. Lucas y el coronel iban cambiando á hurtadillas ciertas miradas de inteligencia. Los ojos del segundo relucían con extraño relampagueo, pareciendo como que tratasen de infundir ánimos al padre capellán, en cuyo rostro crecía por momentos la expresión de contrariedad que notó aquél desde un principio. Los demás circunstantes estaban pendientes de los labios del narrador, que prosiguió después de retorcer las guías de su bigote cano:

— «Como no tienen nada que ver con mi historia, les hago á ustedes gracia de los mil y mil incidentes del combate, durante el cual hicimos todos prodigios de valor.

» Después de algunas horas de resistir heroicamente y cuando empezábamos ya á desfallecer, una bala hizo botar de la silla al valiente y loco general.

» Perdida la única fuerza que nos alentaba, un pánico inmenso se apoderó de nosotros: aquella muerte nos produjo el efecto que produce una racha de viento en una llanura cubierta de hojarasca... ¡Retoño! ¡aquella sí que fué



confusión!... La mayoría de los nuestros cayeron en poder de los carlistas... Yo y cinco individuos de mi compañía, pudimos librarnos de ser presos, gracias á la proximidad de un barranco que protegió nuestra fuga.

» Pero no habíamos andado un centenar de metros por aquel terreno accidentado y cubierto de matorrales, cuando vimos enfrente de nosotros, á la distancia de un tiro de fusil, un oficial carlista medio tendido encima de la hierba... Entonces nos paramos, avanzando des-

pués con grandes precauciones uno de los nuestros, mientras los demás nos agachábamos entre la espesura.

» Un estampido que hizo temblar el suelo nos hizo salir de nuestro escondrijo... Nuestro compañero estaba tendido á corta distancia, con el pecho manchado de sangre á la altura del corazón. El oficial de D. Carlos continuaba en su mismo sitio, pero incorporado y disponiéndose á cargar por segunda vez el arma que tenía entre sus dedos, humeante aun... Me parece que le estoy viendo: llevaba unas barbas de á palmo, negras y espesísimas y tenía vendada una pierna... Su actitud era la de un lobo herido.

» Con el ánimo de vengar á nuestro compañero, avanzamos hacia él los cinco restantes... Pero no bien hubimos andado la tercera parte del camino, cuando cayó otro individuo con el pecho atravesado de un balazo.

» Como obedeciendo todos á un mismo impulso, descargamos á un tiempo nuestros fusiles, quedando envueltos por un instante entre una nube de humo. Al disiparse, vimos otra vez al faccioso en su misma actitud... — ¡Ríndete! — gritamos entonces... Pero ahogó nuestras voces otro estampido y cayó otro camarada...

» Desalentados y mudos de terror, quedamos los tres restantes inmóviles en medio del barranco, sin saber que partido tomar... — ¡Ea! sálvese quien pueda ¡retoño! — exclamé al cabo de unos segundos. Y me escabullí por entre unas peñas, seguido de un solo individuo, pues el que quedaba cayó herido de muerte, también con el pecho atravesado, según supimos después...» —

* * *

Aquella noche, al disolverse la tertulia, llamó aparte el coronel al comandante Soto, y le dijo por vía de ruego, pero en un tono que no admitía réplica:

— Por el bien parecer de la clase y por la amistad que le une á usted con el oficial carlista, le aconsejo que no haga jamás mención de esa historia.

—Acaso usted...—balbuceó el comandante, mudo de sorpresa.

Pero el coronel le atajó la palabra:

—Para que no dé usted proporciones de orden á lo que no es más que una súplica, voy á referirle en pocas frases el final de su caso.

Y continuó después de un corto silencio:

—«El oficial carlista fué hallado sin sentido en el mismo lugar donde le descubrieron usted y sus camaradas. Transportado al hospital de sangre de *** estuvo en cama una porción de tiempo, curando de su herida en la pierna y de un tremendo balazo en la tetilla... el único que le alcanzó en la descarga de ustedes.

»Pasó tantos días viendo la muerte cara á cara y luchando con ella, que, al salir del hospital, desertó de las huestes de D. Carlos, refugiándose en un pueblecillo del Pirineo francés, donde había emigrado su familia desde el principio de la guerra.

»Los cuidados de los suyos y sobre todo los de su madre, le hicieron recordar que también los soldados muertos por él debían tener una familia que les echaba de menos, reflexión que le produjo un remordimiento y un ansia tal de expiación, que estuvo meses y meses sin gozar de un instante de reposo.

»Por último, concluída la guerra y obtenidos el indulto del Gobierno y la dispensa del Papa, se repatrió y entró en el Seminario para continuar sus estudios de Teología, abandonados, según creía él, en defensa de la Religión.»—

Al llegar á este punto de su relato, se calló el coronel, esperando que Soto adivinase el final. Pero viendo que el comandante continuaba prestandole atención, acabó por decir:

—Á los dos años el faccioso era un curita hecho y derecho... Y puso tal refinamiento en su expiación, que no paró hasta entrar en el ejército y en el mismo regimiento á que pertenecían sus últimas víctimas.

—¡Retoño!—exclamó pegando un brinco el comandante:—¡fíese usted de las apariencias!

* * *

Á los dos días, habiendo salido el regimiento en masa para efectuar ejercicios de tiro, causó gran estupefacción el empeño del comandante Soto, que pretendía probar la habilidad del padre cura en el disparo del fusil.

—¡Ánimo don Lucas!—repetía el viejo soldado presentando el arma al buen señor.— Á ver como deja usted tamañitos á nuestros tiradores... ¡Venga de ahí, retoño!

Chocó tanto la pretensión, que el padre se vió acosado al punto por la mayoría de la oficialidad, que unió los suyos al ruego del comandante.

El cura se resistió durante un buen espacio de tiempo. Pero fué tal el empeño de los oficiales, que, por fin, se iluminó su semblante taciturno y, cogiendo súbitamente el fusil, se lo echó á la cara y disparó. Casi al mismo tiempo, flotó cerca del blanco el banderín, señalando que el disparo era bueno, lo cual sucedió al segundo y al tercer tiro... y así hasta llegar á los diez.

...Y desde aquella ocasión, no salió una sola vez al blanco la tropa, que el bueno de D. Lucas no se viese precisado á demostrar su destreza, con la cual alcanzó tan justa fama, que muchos años después de su muerte aun se sacaba á relucir su memoria, como la del mejor tirador que había pertenecido al regimiento.

J. MORATÓ

Ilustraciones de R. NAVARRO





VICENTE DE JOANES.—EL SALVADOR

CAMPOAMOR ÍNTIMO



El gran poeta, ese que *quedará* y será sin duda ninguna en este siglo el que dé perfecta idea á otras generaciones del estado de perpétua duda en que nosotros hemos vivido, renunció á su coronación en vida.

Con esto probó ya su grandeza de alma y he aquí el primer rasgo, ó, por mejor decir, lo más saliente de su carácter. Tienen estos apuntes por objeto darle á conocer en la intimidad, porque como poeta todo el mundo le conoce, y lo primero que hay que reconocer en Campoamor, es el desinterés.

Alguien dirá que se puede ser desinteresado siendo rico.

Lo niego, porque casi todos los ricos son egoístas, suelen pegarse esa gloria menuda que se llama el *reclamo*, viven de la vanidad, y si los millonarios fuesen poetas, darían porque les coronasen lo que suelen dar porque les hagan condes, duques ó marqueses.

Campoamor, que era propietario y rentista, regaló siempre sus obras á los editores. [El público lo ignoraba, y las compraba, agotando las ediciones. Luego, en la generosa cesión, no había deseo de propaganda. El público las ha agotado siempre porque eran buenas, porque respondían á una nota humana, porque las frases poéticas del vate de las *Doloras* se le quedaban impresas en el alma.

« ¡ Quién supiera escribir ! »

han repetido dos generaciones excépticas como repitió aquello de

« al campo D. Nuño voy, »

una generación romántica.

Los versos de Zorrilla y los de Campoamor son el sello de dos generaciones. Ayer sentimentalismo y pasión, hoy *humorismo*, es decir, mitad de cal y mitad de arena, tan pronto somos místicos como blasfemos, nos reimos de los curas y vamos á misa con la señora.

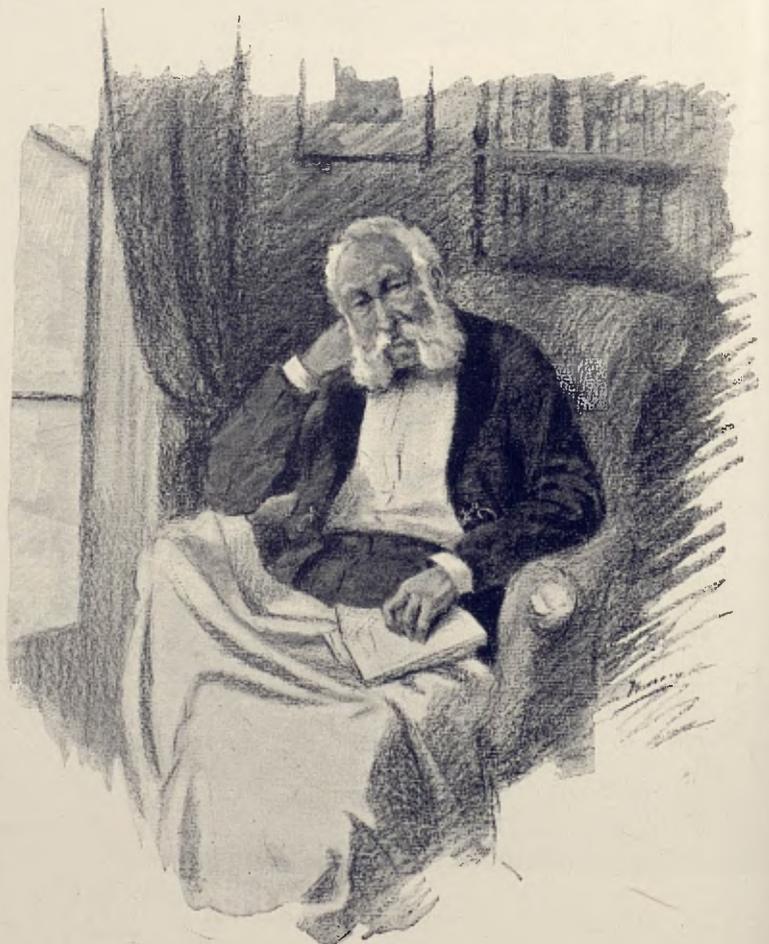
Campoamor fué siempre hombre simpático, carácter bondadoso, decidor y ocurrente en la conversación, conservador en política y radical en literatura. Un hombre gordo, de rostro risueño, amigo de todo el mundo, á la vez filósofo y poeta, alto funcionario y cantor de amoríos, escribiendo pequeños poemas y resolviendo expedientes de beneficencia y sanidad. Y siempre riendo; y al salir de misa, con su santa mujer, celebrando los encantos de las buenas mozas...

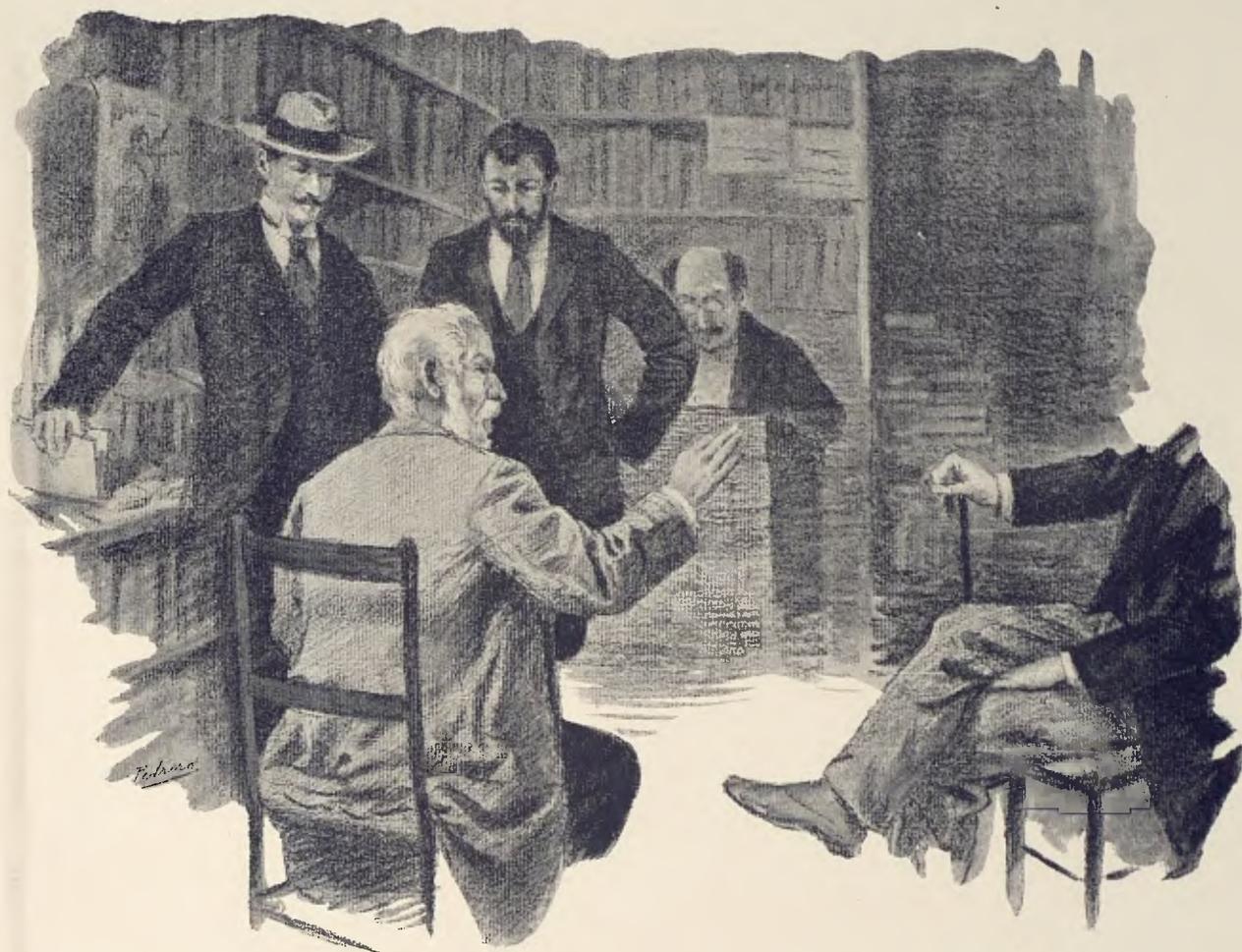
Las hijas de las madres que amé tanto
me besan ya, como se besa á un santo,

dijo en dos versos que contienen entre líneas todas las burlas posibles...

Vivió siempre muy á su gusto: buena casa, buena mesa, buena ropa, buen coche. Y decía á los que algunas veces le contábamos nuestras luchas por la vida: « ¡ El dinero no sirve para nada ! »

¡ Pues no ha de servir ! Lo que hay es que no todos vencen con ocho ó diez mil duros de renta.





Al que dijo que

sólo la poesía es buena
hecha á moco de candil

hay que recordarle que el poeta de que se trata hizo poesías inmortales con todo el *confort* del que puede gastarlo.

Pero don Ramón no fué nunca vanidoso, ni ayaro, ni egoísta. De lo suyo han disfrutado sus amigos, y con tal de que le dejaran leer con aquel acento quejumbroso, que iba muy bien á su modo de ser, un poemita que había escrito en un par de noches, ya era feliz. No tuvo jamás envidia del que empieza, que es el gran defecto de los viejos; y en cuanto á amigo de sus amigos, lo era tanto, que una vez, cuando le preguntaban por donde era diputado, contestó: «¡Por Romero Robledo!»

Toda su vida fué comunicativo y espontáneo; lo mismo en el rincón de su despacho, envuelto en su bata, que en la librería de Fé, entre seis y siete de la tarde, rodeado de admiradores y amigos fieles, atraía á todo el mundo por su conversación amena y sus oportunidades tan pronto pensadas como dichas. Exento de rencores, en cierta ocasión iba á saludar á un personaje, cuando le detuvo un amigo diciéndole:

—¿Pero no estaban ustedes reñidos?

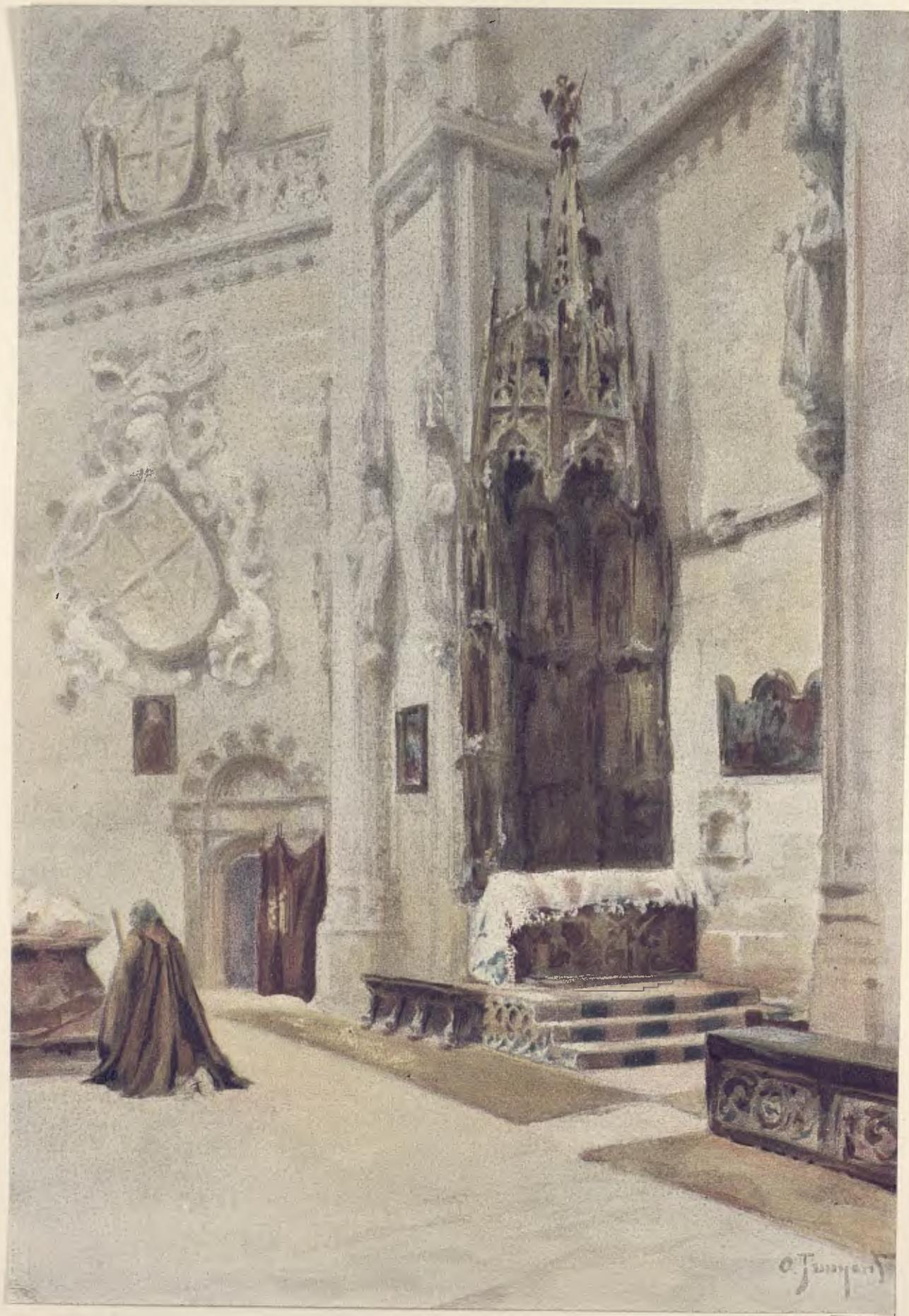
—¡Ay, es verdad! ¡Mire usted, no me acordaba! Hacía algunos años que no se le veía por ninguna parte. Encerrado en su casa, llevando resignadísimo los años y las enfermedades, cortó toda relación con el mundo, porque al ver á los amigos de siempre se afligía y la aflicción le agravaba las dolencias.

Coronarle en público, á toda solemnidad, hubiera sido matarle: no hubiera resistido á la emoción; pero, aunque no hubiese estado enfermo, se habría negado. Las apoteosis en vida son muy *cursis*, valiéndonos de una vulgarísima palabra. ¿Ni para qué necesitaba de esas ceremonias teatrales un hombre que no dejará de vivir en la memoria de los españoles?

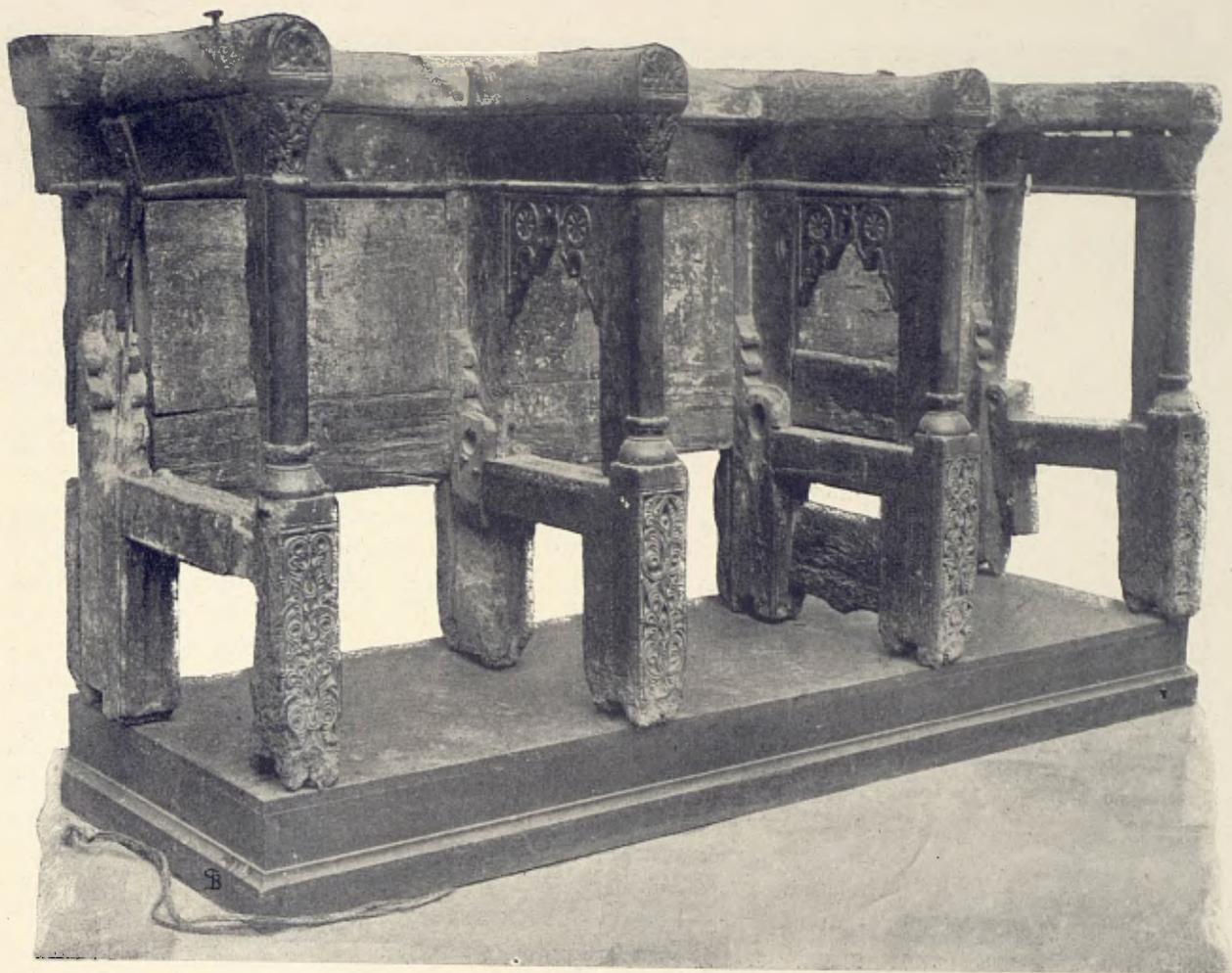
EUSEBIO BLASCO

Ilustraciones de M. PEDRERO





O. JUNYENT.—CATEDRAL DE BURGOS



ARTE ANTIGUO

Trozo de una antigua Sillería de Coro

El monumento que motiva estas líneas es uno de los más raros que posee el Museo Arqueológico Nacional: como que se trata del resto más antiguo de sillería de coro que se conserva en España, donde ese género de trabajos de talla y carpintería artística adquirió un carácter especial y gran importancia cuando el coro se situó en medio de la nave mayor de nuestras catedrales.

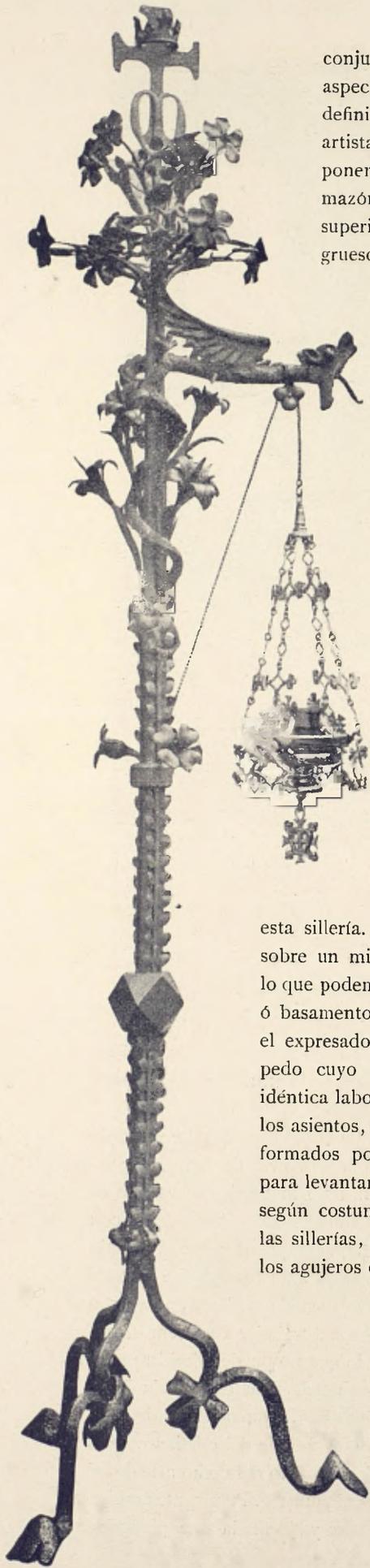
Porque en un principio, en las primitivas iglesias, el coro ocupaba solamente el ábside, en cuyo fondo se apoyaba la *cathedra* ó silla del obispo, de la cual partían los bancos corridos de la *exedra*, formando un hemiciclo, en cuyo medio se alzaba el altar.

Todos estos asientos eran de mármol ó de piedra. Pero llega el siglo XIII, aparecen los grandes retablos, cambia la liturgia y el coro se traslada á la nave central, donde ya aparece en antiguas basílicas como la de San Clemente en Roma, que data del siglo XII. No precisaremos aquí si en los ábsides llegaron á hacerse sillerías de madera, pero es lo cierto que las que se conservan en las naves de nuestros catedrales todas son de obra de talla y lo mismo las que ponían en los coros de los conventos de clausura,

como debió estar la sillería cuyo fragmento motiva estas líneas, que parece datar del siglo XIII, si no es un poco más vieja.

Procede este trozo de sillería del coro del Convento de religiosas de Gradefes en la provincia de León, y comprende tan sólo tres sillas. Pero lo particular es que su estilo nada tiene que ver con el Arte cristiano, sino con el árabe, por donde se deja comprender que el trabajo de sillería cuyo resto tenemos ante los ojos fué obra de *mudéjares*, esto es de moros sometidos al rey de León, ó de artistas moros que fueron á trabajar á los reinos cristianos. De todos modos, lo que no puede admitirse para esta pieza, como para otras muchas análogas, es la denominación de *mudéjar*, si esta ha de tomarse por denominación del gusto árabe con mezcla del cristiano, pues no hay, por cierto, un sólo elemento del dicho arte de los reconquistadores de nuestra Península. Puramente árabe es el gusto en que fué trazada y ejecutada esta peregrina sillería.

Todo su armazón está tallado en madera de nogal, pintada de rojo, lo cual, unido á la patina del tiempo, da al



Proyecto de D. José Puig y Cadafalch

conjunto un tono vigoroso y un aspecto vetusto que le presta indefinible encanto á los ojos del artista y del arqueólogo. Componen principalmente dicho armazón el curvo perfil del borde superior del respaldo con los gruesos brazos de los sitiales y la separación de éstos determinada por una columna cuya basa recuerda las de construcciones arábigas del tiempo del califato cordobés y cuyo capitel exornado con tallos entrelazados y su peregrina hojarasca, guarda relación con los de la famosa sinagoga toledana, conocida hoy por *Santa María la Blanca*, donde también hay un friso de arquería que pertenece á la misma familia de los arcos de caprichoso perfil, abiertos en las tablas que completan la separación de los dichos sitiales de esta sillería. Cada columna descansa sobre un miembro arquitectónico de lo que podemos llamar cuerpo inferior ó basamento del conjunto, formando el expresado miembro un paralelepípedo cuyo frente está tallado con idéntica labor que los capiteles. Faltan los asientos, los cuales debieron estar formados por tableros, cuyo juego, para levantarlos ó bajarlos á voluntad, según costumbre observada en todas las sillerías, se adivina fácilmente por los agujeros en que entraron los pibotes correspondientes. El tono rojo es general á todos los dichos miembros principales de este conjunto arquitectónico y con él debieron formar peregrino contraste los colores de algunos detalles, como es la lacería blanca que forma los indicados arcos, el

fondo azul de sus enjutas y los rayos azul y blanco, alternativamente, de las estrellas que aparecen en ellas dentro de círculos rojos. El fondo de cada respaldo es un tablero de pino en el que, pintado al temple sobre tondo rojo, destaca la arrogante figura de un león, que heráldicamente llamaría león *pasante*, con la cara vuelta de frente al espectador. En los tres respaldos la figura es la misma y está como hemos dicho pintada de rojo con puntos blancos y perfiles negros. Este león, aunque no aparece *rapante*, como le vemos en monedas é infinitos escudos, desde luego se nos ofrece como el timbre heráldico de la monarquía leonesa, y acaso sea este el más antiguo de sus ejemplares. No nos interesa por el momento este aspecto de la cuestión, que merece ser tratada muy despacio, pero aparte de que el león, como emblema, en un país en que nunca se produjo tal fiera, parece simbolizar la fiereza de nuestra raza en su lucha secular con el invasor ogareno, hay un hecho por nadie consignado, que sepamos, y de sumo interés. Este hecho es que estas representaciones del león, como las de monedas, relieves, lozas, miniaturas, bronces, marfiles y demás producciones artísticas españolas, son, sin excepción, de estilo árabe. Un león árabe—artísticamente hablando—parece que había de ser la antítesis del león heráldico de los cristianos del NO. de la Península; pero es un hecho patente, que puede comprobar con sus ojos toda persona conocedora de las cosas de arte. El león medioeval español, es árabe. Sin disputa se trata de un elemento introducido en nuestro arte de aquel tiempo por los árabes, los cuales le importaron de Oriente. No podemos detenernos aquí á tratar este nuevo tema, no ya heráldico, sino artístico, y por lo mismo de mucha importancia. Pero no podemos dejar de decir que el origen de ese león arábigo está en el tipo especial y decorativo del león creado por el arte de los asirios, que con esa figura llegaron, por cierto, á su más alta expresión estética, y de quienes debieron tomarlo, al propio tiempo que otros muchos elementos artísticos, los mahometanos, impropriamente denominados árabes. La interpretación regular y decorativa de la melena, juntamente con otros caracteres, que se ven en los leones de la famosa fuente de la Alhambra y en otros muchos ejemplares, modelados ó pintados, es la misma de los leones creados por el arte asiático de la antigüedad.

Como se ve, el peregrino trozo de sillería de coro de Gradefes, con que hoy se enriquece nuestro Museo Arqueológico Nacional, tiene importancia en la historia del mueble, en la que responde á un modo de sentarse puramente occidental y distinto del de los árabes; tiene importancia asimismo en la historia del Arte y en la de la simbología.

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA



MURILLO.—LA SAGRADA FAMILIA

LOS NIBELUNGOS

POEMA ALEMÁN

I

EL SUEÑO DE CRIMILDA



Las tradiciones de los antiguos tiempos, nos refieren maravillas, nos hablan de héroes dignos de alabanza, de audaces empresas, de fiestas alegres, de lágrimas y de gemidos. Ahora podréis escuchar de nuevo la maravillosa historia de aquellos guerreros valerosos.

Vivía en Borgoña una joven tan bella, que en ningún país podría encontrarse otra que la aventajara en hermosura. Se llamaba Crimilda y era una hermosa mujer; por su causa, muchos héroes debían perder la vida.

Muchos valientes guerreros se atrevían á pretenderla en mente, como se debe hacer con una virgen digna de amor; nadie la odiaba. Su noble cuerpo era notablemente bello, y las cualidades de aquella joven, hubieran sido ornamento de cualquier mujer.

La guardaban tres poderosos reyes, nobles y ricos: Gunter y Gernot, guerreros ilustres y el joven Geiselher, un guerrero distinguido. La joven era hermana de ellos y sus mayores tenían que cuidarla.

Estos príncipes eran buenos y descendían de muy ilustre linaje: héroes probados, eran sumamente fuertes y de una audacia extraordinaria. El país á que pertenecían se llamaba Borgoña y habían realizado prodigios de valor en el reino de Etzel.

En el tiempo de su poder, residían en Worms, sobre el Rhin: muchos nobles y valientes caballeros les sirvieron con honor hasta su muerte, mas perecieron tristemente á causa de los celos de dos notables mujeres.

Uta se llamaba su madre, reina poderosa; y el padre Dankrat, que al morir les dejara una cuantiosa herencia, estaba dotado de grandísima fuerza; también en su juventud había conquistado inmarcesible gloria.

Como he dicho ya, los tres reyes eran valerosos, por lo que tenían á su

servicio los mejores guerreros de que se había oído hablar, todos muy vigorosos y sumamente intrépidos en el combate.

Se llamaban Hagen de Troneja y su hermano el muy hábil Dankwart; Ortewein de Metz y los dos margraves Gere y Eckewart y Volker de Alceya, dotados de un indomable valor.

Rumold, el intendente de las cocinas, era un guerrero distinguido; Sindold y Hunold debían dirigir la corte y las fiestas como vasallos de los tres reyes, los cuales tenían también en su servidumbre muchos héroes que no pueden enumerarse.

Dankwart era mariscal; Ortewein de Metz, su sobrino, sumiller del rey. Sindold, el guerrero escogido, era copero, Hunold camarero: dignos eran todos de servir los más elevados empleos.

La verdad es que nadie podrá decir con exactitud cuan grande era el poder de aquella corte.

Véase lo que Crimilda soñó: el halcón salvaje que domesticara empleando tantos días, lo vió estrangulado entre las garras de dos águilas y nada en la tierra podía causarle pesar tan grande.

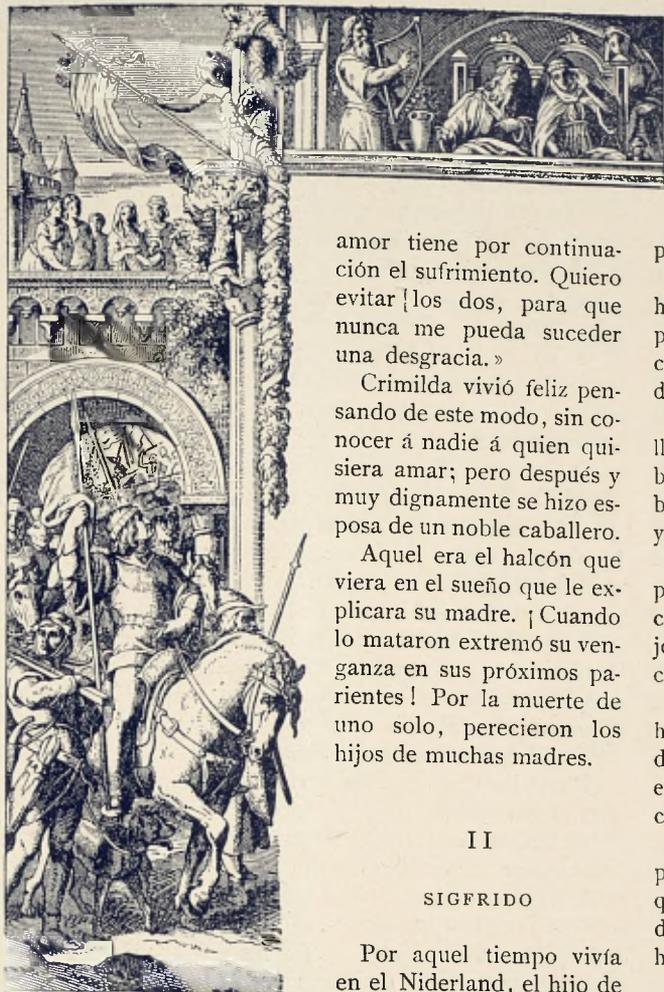
Cuando refirió el sueño que había tenido á su madre Uta, ésta no pudo dar á su sencilla hija más que la explicación siguiente: «El halcón que tú domesticabas es un noble esposo, que si Dios no te lo conserva, habrás de perder muy pronto.»

«¿Qué me dices á mí de esposo, querida madre mía? Quiero vivir siempre sin el amor de un guerrero, á fin de que por ningún hombre pueda sentir la menor pena. Así, pues, permaneceré doncella toda mi vida.»

«No hagas votos tan anticipadamente, le respondió su madre; si en este mundo experimentas alguna vez la felicidad del corazón, ésta te vendrá por el amor de un esposo. Te vas haciendo una hermosa mujer; quiera Dios unirte á un buen caballero.»

«Dejad esa manera de hablar, madre muy querida: muchas mujeres pueden presentarse como ejemplo de que el





amor tiene por continuación el sufrimiento. Quiero evitar [los dos, para que nunca me pueda suceder una desgracia.»

Crimilda vivió feliz pensando de este modo, sin conocer á nadie á quien quisiera amar; pero después y muy dignamente se hizo esposa de un noble caballero.

Aquel era el halcón que viera en el sueño que le explicara su madre. ¡ Cuando lo mataron extremó su venganza en sus próximos parientes! Por la muerte de uno solo, perecieron los hijos de muchas madres.

II

SIGFRIDO

Por aquel tiempo vivía en el Niderland, el hijo de un rey poderoso; su padre

se llamaba Sigemundo, su madre Sigelinda y habitaban en una ciudad muy conocida situada cerca del Rhin: esta ciudad se llamaba Xanten.

¡ No os diré cuan hermoso era aquel héroe! Su cuerpo estaba exento de toda falta y con el tiempo se hizo fuerte é ilustre aquel hombre atrevido. ¡ Ah! ¡ cuán grande fué la gloria que conquistó en el mundo!

Aquel héroe se llamaba Sigfrido, y gracias á su indomable valor, visitó muchos reinos; por la fuerza de su brazo dominó á muchos países. ¡ Cuántos héroes encontró entre los Borgoñones!

Lo educaron con todos los cuidados que merecía, pero por naturaleza tenía más sobresalientes cualidades; el reino de su padre adquirió fama por él, pues en todas las cosas se mostró perfecto.

Llegado que hubo á la edad de presentarse en la corte, todos deseaban verle; muchas mujeres y hermosas vírgenes anhelaban que su voluntad se fijara en ellas; todos le querían bien, y el joven héroe se daba cuenta de ello.

Muy pocas veces permitían que el joven cabalgara sin acompañamiento; riquísimos vestidos le dió su madre; hombres instruídos que sabían lo que el honor vale, cuidaban de él: de esta manera pudo conseguir hombres y tierras.

Cuando llegó á la plenitud de la edad, y pudo llevar las armas, le dieron todo lo necesario: gustaba de las mujeres que saben amar, pero en nada se olvidaba del honor del hermoso Sigfrido.

He aquí que su padre Sigemundo hizo saber á los hombres que eran amigos suyos, que iba á dar una gran fiesta; la noticia circuló por las tierras de los demás reyes; daba á cada uno un caballo y un traje.

Donde quiera que había un joven noble, que por los méritos de sus antepasados pudiera ser caballero, lo invitaban á la fiesta del reino, y más tarde todos ellos fueron armados al lado de Sigfrido.

Cuatrocientos porta-espadas debían recibir la investidura al mismo tiempo que el joven rey; muchas hermosas jóvenes trabajaban con afán, pues querían favorecerlos y engarzaban en oro gran cantidad de piedras preciosas.

Querían bordar los vestidos de los jóvenes y valerosos héroes y no les faltaba que hacer. El real huésped, hizo preparar asientos para gran número de hombres atrevidos, cuando, hacia el solsticio de estío, Sigfrido obtuvo el título de caballero.

Muchos ricos de la clase media y muchos nobles caballeros, fueron á la catedral: los prudentes ancianos hacían bien en dirigir á los jóvenes como en otro tiempo lo habían hecho con ellos; allí gozaron de placeres sin número y de no pocas diversiones.

Se cantó una misa en honor de Dios. La gente se agolpaba en numerosos grupos cuando llegó la hora de armar caballeros, según los antiguos usos de la caballería, á los jóvenes guerreros, y se hizo con tan ostentosos honores, como nunca hasta entonces se había visto.

Inmediatamente se dirigieron ellos al lugar en que se hallaban los corceles ensillados. En el patio de Sigemundo el torneo era tan animado, que las salas y el palacio entero retemblaban. Los guerreros de gran valentía hacían un ruido formidable.

Podían escucharse y distinguirse los golpes de los expertos y de los novicios, y el ruido de las lanzas rotas que se elevaba hasta el cielo; los fragmentos de muchas de ellas, despedidos por las manos de los héroes, volaban hasta el palacio. La lucha era ardiente.

El real huésped les mandó cesar; retiraron los caballos y sobre el campo pudieron verse rotos muchos fuertes escudos; esparcidas sobre el verde césped brillaban muchas piedras preciosas, así como también las placas de las bruñidas rodela.

Los convidados por el rey tomaron asiento en el órden señalado de antemano. Sirviéronse con profusión ricos manjares y vinos exquisitos, con lo que dieron al olvido sus fatigas. No fueron pocos los honores que se hicieron lo mismo á los extranjeros que á los hijos del país.

El rey dió al joven Sigfrido la investidura de las ciudades y de los campos, de la misma manera que él la había recibido. Su mano fué pródiga para los demás hermanos de armas, y todos se felicitaron del viaje que habían hecho hasta el reino aquel.

La fiesta se prolongó durante siete días: Sigelinda la rica, perpetuando antiguas costumbres, distribuyó oro rojo por amor de su hijo, al que deseaba asegurar el cariño de todos sus súbditos.

En el país no volvieron á encontrarse pobres vagabundos. El rey y la reina esparcieron por doquier vestidos y caballos, lo mismo que si no les quedara más que un día de vida. Creo que en ninguna corte se desplegó tanta magnificencia.

Los festejos terminaron con ceremonias dignas de general alabanza.

Por mucho que vivieron Sigemundo y Sigelinda, nunca el hijo querido de ambos ambicionó ceñir la corona; aquel guerrero bravo y atrevido, quería ser solo el jefe, para afrontar todos los peligros que pudieran amenazar al reino de su padre.

Nadie se atrevió á insultarlo nunca, y, desde que tomó las armas, apenas si se permitió reposo aquel ilustre hé-

roe. Los combates eran su alegría, y el poder de su brazo le hizo adquirir nombre en los países extranjeros.

III

DE COMO SIGFRIDO LLEGÓ HASTA WORMS

Ningún pesar de amor torturaba al novel caballero, mas oyó decir que vivía en Borgoña una hermosa joven que parecía hecha á deseo, y esto le hizo experimentar muchas alegrías y muchas calamidades.

Hasta muy lejos había llegado el conocimiento de aquella extraordinaria belleza, así como también el de los altaneros sentimientos de que más de un héroe había encontrado poseida á la joven: por esto llegaron muchos extranjeros al país de Gunter.

Por más que gran número de ellos había solicitado su amor, Crimilda no podía resolverse á elegir uno para hacerlo dueño de su corazón. Todavía le era desconocido aquel á quien más tarde debía someterse.

El hijo de Sigelinda pensó en aquel amor elevado. Ante lo que era la suya, las pretensiones de los demás le parecían aire, pues él era muy digno de conseguir el afecto de una hermosa mujer. Algún tiempo después la noble Crimilda fué esposa del atrevido Sigfrido.

Como sus padres y sus caballeros le aconsejaron que por cuanto aspiraba á un fiel amor, se dirigiera á una mujer que le pudiera convenir, el noble Sigfrido dijo: «Quiero por esposa á Crimilda, la hermosa joven del país de los Borgoñones, por su sin igual hermosura. Demás sé que no hay emperador poderoso que al desear escoger mujer, deje de intentar que sea suya reina tan elevada.»

Sigemundo tuvo conocimiento de esta noticia; sus fieles vasallos se la comunicaron y de este modo supo cual era la voluntad de su hijo. No dejó de causarle pena que intentara pretender á tan soberbia joven.

También afligió la nueva á Sigelinda, la esposa del noble rey: grande fué el cuidado que comenzó á tener por la vida de su hijo, pues conocía bien á Gunter y á

los dominios del rey Sigemundo.

sus bravos. Todos hicieron esfuerzos para que el héroe abandonara su empeño.

Entonces el atrevido Sigfrido habló de esta manera:

«Padre muy querido: prefiero vivir siempre sin el amor de ninguna noble mujer, si no consigo el de aquella por la que siento una afección tan grande.» Todos los consejos que le dieron para hacerle desistir, fueron inútiles.

«Ya que no quieres renunciar á tu proyecto, le dijo el rey, te ayudaré activamente y haré todo lo que me sea posible para que puedas conseguir lo que deseas. Sin embargo, el rey Gunter, dispone de muchos hombres esforzados.

Y aun cuando tuviera no más que á Hagen, el de la fuerte espada, es tan altanero en su arrogancia, que temo salgamos mal librados, si nos empeñamos en obtener la soberbia joven.»

«¿Qué peligro nos puede amenazar? preguntó Sigfrido. Lo que de él no pueda conseguir amistosamente, lo podré conquistar con la fuerza de mi brazo; no hay nadie que por la fuerza pueda conquistar á tan hermosa joven.

»Mis designios no son en modo alguno aventurarme seguido de mis guerreros, como un ejército en marcha; grande sería mi pena, si tuviera que conquistar á la alta nera virgen.

»Solo mi brazo será bastante para conseguirla; yo el duodécimo, quiero ir al país del rey Gunter y vos me ayudaréis para ello, padre Sigemundo.»

Diéronles á sus guerreros vestidos de colores forrados con pieles grises.

La noticia llegó á oídos de su madre Sigelinda y comenzó á temer por su hijo querido, que debía morir, según ella, á manos de los guerreros de Gunter. La noble esposa del rey rompió en lamentos.

Sigfrido, el joven capitán, fué adonde ella estaba y dijo á su madre, en tono cariñoso: «Señora, no debéis llorar por mis deseos, pues ningún enemigo me inspira el menor cuidado. Ayudadme para que pueda realizar mi viaje al país de los Borgoñones.

«Ya que no quieres renunciar, le dijo Sigelinda, te ayudaré para que puedas hacer tu viaje; mi hijo único, á tí y á los que te acompañan daré trajes que mejores jamás los hayan llevado caballeros; tendréis todo lo necesario.»

Se inclinó respetuosamente el joven Sigfrido, y dijo: «Solo quiero llevar conmigo doce guerreros; que preparen los trajes para ellos. Quiero saber lo que hay de verdad con respecto á Crimilda.

Desde entonces mujeres hermosas permanecieron sentadas día y noche, sin descansar un momento, hasta que los trajes de Sigfrido estuvieron terminados. Por nada quería desistir de realizar su viaje.

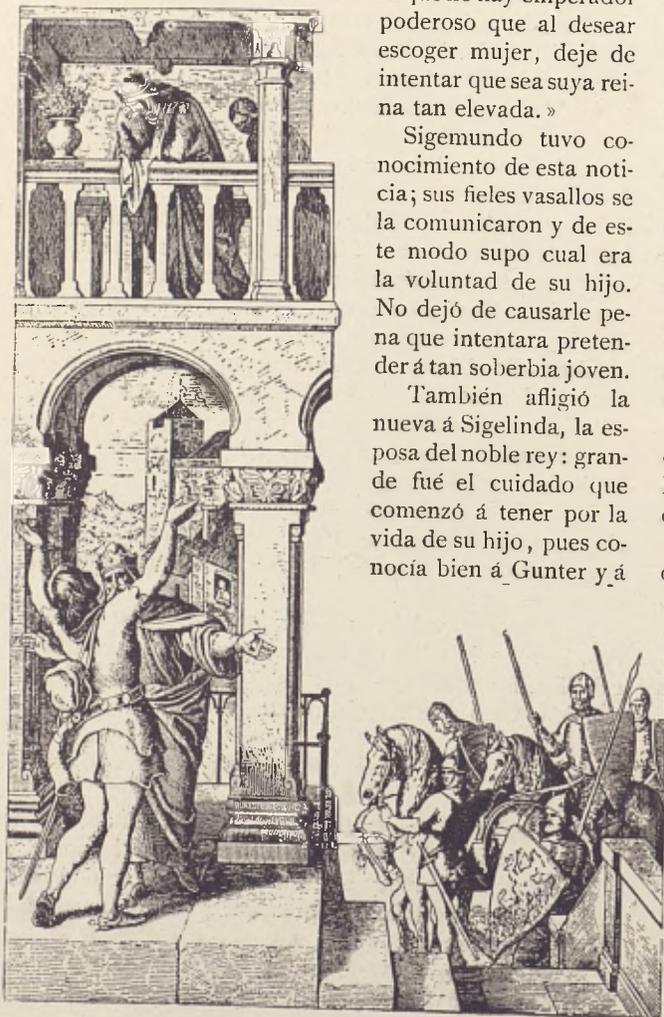
Su padre le mandó hacer una armadura de caballero, que debía llevar desde el momento en que abandonara

los dominios del rey Sigemundo. Se aproximaba el tiempo del viaje hacia los Borgoñones. Hombres y mujeres se preguntaban con cuidado si volverían de nuevo al país. Llevaban las armas y los vestidos en bestias de carga.

Hermosos eran los caballos y los arreos iban guarnecidos de oro rojo: podía asegurarse que nadie había obrado con tanta audacia como el guerrero Sigfrido y los hombres que lo acompañaban.

Teniéndolo abrazado, lloraron sobre él la reina y el rey, y, consolándolos á ambos, les dijo: «No debéis llorar por mi causa, no tengáis cuidado por mi vida.»

Triste era aquello para los guerreros, y muchas mujeres lloraron también. Pienso que el corazón les



decía, que gran número de sus amigos debían encontrar la muerte y se lamentaban con razón; presentían la catástrofe.

Al séptimo día, hacia Worms, por la arena, cabalgaban los bravos; sus vestidos eran de oro rojo, los arneses primorosamente trabajados. Los caballos avanzaban majestuosamente, llevando á los hombres del intrépido Sigfrido.

Nuevos eran sus escudos, fuertes y brillantes sus yelmos magníficos, cuando el atrevido Sigfrido se dirigía á la corte del rey Gunter. Jamás ningún héroe, había llevado tan suntuoso equipo.

Las conteras de las espadas rozaban con las espuelas, y los caballeros escogidos llevaban agudas lanzas. Sigfrido llevaba una de doble filo y ambos cortaban de una manera horrible.

Llevaban las doradas riendas en la mano; las gualdrapas eran de rica seda: así penetraron en el país. El pueblo los admiraba en todas partes con la boca abierta; muchos de los hombres de Gunter corrieron al encuentro de ellos para verlos.

Aquellos valerosos guerreros, avanzaron hacia los distinguidos extranjeros como era de rigor y recibieron á los huéspedes en el país de su señor. Tomaron los escudos de sus manos y de sus diestras las riendas.

Querían conducir los caballos hacia el palacio, pero inmediatamente les gritó Sigfrido el atrevido. «Dejad quietos los caballos á mí y á los míos; pronto nos alejaremos de este sitio, porque nuestras intenciones son las mejores.

»El que sepa lo cierto que me responda, que me diga dónde podré encontrar á Gunter, el poderoso rey de los Borgoñones.»

Uno de los allí presentes que sabía todo aquello, le respondió:

«Si queréis ver al rey, es cosa fácil: en esa gran sala, lo he visto con sus caballeros; entrad y podréis encontrarlo con muchos valerosos guerreros.»

Dieron al rey la noticia de que habían llegado unos guerreros magníficamente vestidos, que llevaban ricas cotas de malla, un soberbio equipo y á los que nadie conocía en el país de los Borgoñones.

Extrañado el rey, hu-

biera querido saber de donde venían aquellos fieros guerreros, vestidos de una manera tan rica y brillante y con tan buenos, nuevos y anchos escudos. Nadie se lo podía decir y esto le causaba gran inquietud.

Ortewein, señor de Metz, que era bravo y atrevido, dijo entonces al rey: «Por cuánto no sabemos quienes son, será menester llamar á mi tío Hagen, y hacérselos ver.

»Los reinos y los países extranjeros le son muy conocidos; si sabe quienes son estos caballeros, nos lo dirá seguramente.» El rey le rogó que viniera con sus hombres y lo vieron avanzar majestuosamente, rodeado de los guerreros que formaban su corte.

Preguntó Hagen al rey qué era lo que deseaba. «Han llegado á mi palacio unos guerreros á los que nadie conoce aquí. Si los has visto ya, tú me dirás la verdad, Hagen.»

«Así lo haré,» respondió Hagen. Se acercó á una ventana, y dirigiendo sus miradas hacia los extranjeros, los examinó atentamente. Sus armas y el equipo que llevaban le agradaron, pero nunca los había visto en el país de los Borgoñones.

Habló así: «Cualquiera que sea el punto de donde esos guerreros hayan venido hacia el Rhin, deben ser jefes ó emisarios de jefes. Sus riendas son hermosas y sus trajes magníficos. Cualquiera que sea el punto de donde vengan, deben ser caballeros de gran valor.»

Además, dijo Hagen: «Aunque en mi vida he visto á Sigfrido, estoy dispuesto á creer y me parece que es él, el héroe que avanza con tanta majestad.

»Trae nuevas noticias á este país: la mano de ese héroe ha vencido á los atrevidos Nibelungos; á Schilbungo y á Nibelungo, hijos de un rey poderoso. La fuerza de su brazo le ha bastado para realizar maravillas.

»En ocasión que el héroe cabalgaba sólo y sin acompañamiento, encontró al pie de una montaña, según me han dicho, cerca del tesoro del rey de los Nibelungos, á muchos hombres atrevidos á los que no conocía, pero á los que desde entonces, comenzó á conocer.

»Todo el tesoro del rey de los Nibelungos había sido sacado del hueco de la montaña. Escuchad la narración de aquella aventura. Cuando los Nibelungos se disponían á repartírselo, el héroe Sigfrido lo vió y quedó maravillado.

»Se acercó tanto, que pudo ver á los guerreros, y los guerreros lo vieron á él. Uno de ellos dijo:—Aquí se acerca Sigfrido, el héroe del Niderland.

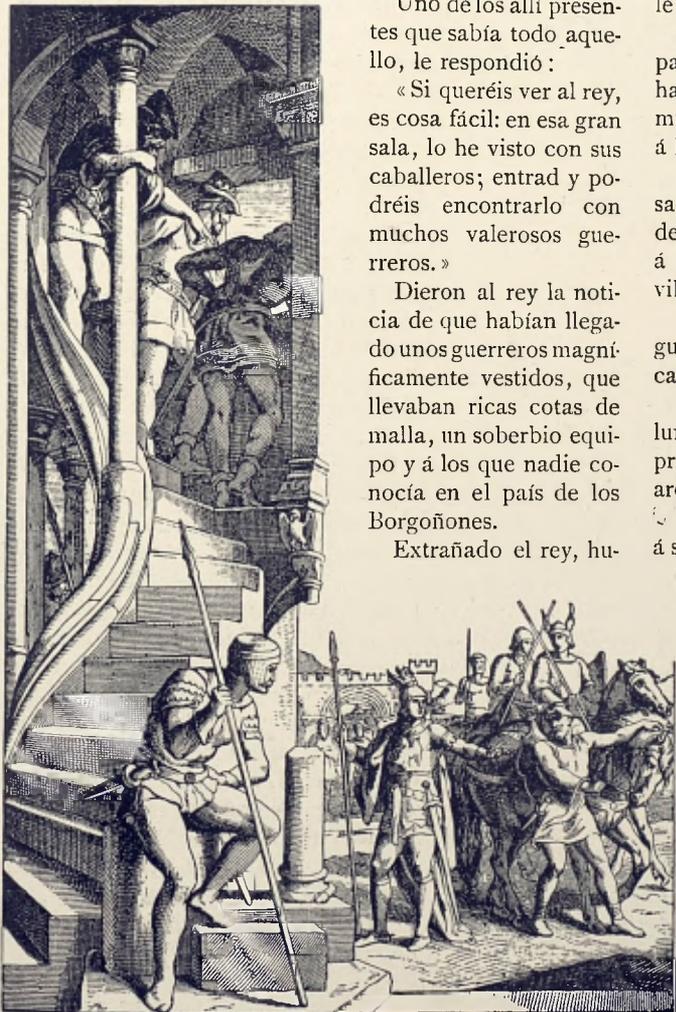
»El joven fué muy bien recibido por Schilbungo y Nibelungo. Los dos de acuerdo, rogaron al joven y noble príncipe, que tomara con ellos parte del tesoro: con tal ardor se lo rogaron, que comenzó á creerlos.

»Vió allí tantas piedras preciosas, según hemos llegado á saber, que cien carros de los de cuatro ruedas no hubieran podido trasportarlas. De todo debía tomar parte el valiente Sigfrido.

»Pero no pudo llegar á tomarla enseguida, pues los hombres de uno y de otro rey comenzaron á armarle querella: con la espada de su padre, que se llamaba Balmug, les arrebató á los atrevidos el tesoro y el país de los Nibelungos.

»Tenían allí entre los amigos, doce hombres atrevidos que eran fuertes como gigantes: pero ¿para qué podían servirles? Sigfrido los venció con fuerte mano y cautivó á setecientos guerreros del país de los Nibelungos.

(CONTINUARÁ)



D. Pablo de Segovia, el gran tacaño

por D. FRANCISCO DE QUEVEDO

110 dibujos de Daniel VIERGE

REPRODUCIDOS POR EL HELIOGRABADO * PLANCHAS RETOCADAS POR EL ARTISTA

«D. Pablo de Segovia», del inmortal Quevedo, es una joya entre las joyas de la literatura española: maravilla de observación satírica y de seria filosofía, bajo apariencias burlescas, encierra una moral sana y fuerte que raramente se encuentra en las novelas del género picaresco, hechas más bien para la diversión del lector que para su enseñanza.

Quizá Quevedo no tuvo la intención de ir tan lejos, pero el carácter de su héroe, verdaderamente humano en su deformación social, hijo espontáneo de una observación justa, un poco exagerado á veces para producir efecto, pero de un fondo de verdad tan poderoso que, sin querer, desprende, así como todos los personajes que gravitan á su alrededor, — monjes, taúres, estudiantes, poetas, mendigos, brujas, — un sentimiento de melancolía que se apodera del lector, á pesar de los chistes de que están salpicadas las páginas de la novela.

Quevedo nos hace ver con una claridad admirable las causas que hacen de D. Pablo un canalla: le presenta rodeado de gentes á quienes falta por completo el sentimiento del respeto humano, sin tener otro objetivo á su vida vacía y miserable que pasar lo mejor posible y divertirse á costa del prójimo.

«Donde quiera que fueres haz lo que vieres», se dice Pablo, después de las bromas atroces de los estudiantes de Alcalá; y lo que ve es una indiferencia completa sobre las acciones rectas y justas, desorden doméstico, concusión y mala fe.

Á este conjunto maravilloso que representa la obra de Quevedo, añádanse las ilustraciones de Daniel Vierge, uno de los artistas más eminentes de nuestra época, y nuestros lectores pueden formarse una idea del grado de interés que presenta esta publicación.

Daniel Vierge ha puesto en la interpretación de los tipos y escenas de «D. Pablo», la misma observación profunda, la misma penetración filosófica que el autor, y, dotado como él de un conocimiento completo de nuestros defectos y cualidades, ha sabido dar un colorido de verdad completo á los 110 dibujos que ilustran la obra, haciendo vivir los personajes, los tipos y las escenas del libro.

Es un verdadero milagro de unidad de idea entre el autor y el ilustrador: comparando el texto con los dibujos, se queda uno perplejo al ver la exactitud de los detalles, la dichosa expresión de parecido y la fuerza cómica que el dibujante ha hecho brotar, por decirlo así, de entre las líneas.

Pablo, incompleto, obtuvo entre el público que se interesa y aun entre muchos que no se interesan por las estampas, una boga considerable; la nueva edición completa, de gran lujo, compuesta solamente de 440 ejemplares, en la que Daniel Vierge ha cuidado hasta la minuciosidad el dibujo de la cubierta, corrección de la tirada, en fin, todo cuanto puede contribuir á la perfección, se la arrebatarán sin duda de las manos, así los aficionados á las bellas letras, como los que sienten amor por toda manifestación artística.

En fin, «D. Pablo de Segovia», presentada en tales condiciones, es una obra maestra, digna de principios de un siglo.

